

**GREGORIO MORÁN**  
**EL CURA Y LOS MANDARINES**

Historia no oficial del Bosque de los Letrados  
Cultura y política en España 1962-1996

Nota de lectura

[emiliosola@archivodelafrontera.com](mailto:emiliosola@archivodelafrontera.com)

Colección: Bibliografía: Notas de lectura  
Fecha de Publicación: 03/04/2015  
Número de páginas: 21  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

**GREGORIO MORÁN:**  
**EL CURA Y LOS MANDARINES.**  
**Historia no oficial del Bosque de los Letrados.**  
**Cultura y política en España 1962-1996.**  
Madrid, 2014, Akal. ISBN: 978-84-460-4128-3

«En ocasiones los libros son como las armas de fuego: los carga el diablo. De manera sorpresiva se disparan y uno no sabe muy bien por qué, hasta que se da cuenta de que han herido supuestamente en su vanidad o en su honor (que a veces son lo mismo) a alguien que pasaba por allí. Los escritores disponen de unos instrumentos que de pronto se convierten en escopetas que dan en un blanco que jamás hubieran imaginado. Incluso de manera cómica le llenan el culo de perdigones –siempre molestos, aunque no letales– a tipos en los que jamás hubiera pensado que les pudiera afectar, porque suponía que estaban blindados frente a los efectos de la letra impresa.»

**Gregorio Morán**

Esta obra nació de una pregunta insatisfecha: ¿qué fue sucediendo para que los mandarines, las figuras críticas de nuestra cultura de los años sesenta, se fueran haciendo cada vez más conservadoras, hasta convertirse en institucionales? Fruto de un exhaustivo y documentado trabajo de investigación de diez años y escrito en una prosa sobresaliente, *El cura y los mandarines (Historia no oficial del Bosque de los Letrados). Cultura y política en España, 1962-1996* es un magistral y agudo relato del devenir de los intelectuales –académicos, novelistas, poetas, políticos y artistas– que conforman la cultura institucional española de la segunda mitad del siglo xx.

Tomando como hilo conductor la figura del «cura» Jesús Aguirre –quizá el más exitoso de los intelectuales de su generación, que no el más el brillante, ni mucho menos–,

Gregorio Morán, uno de los últimos y más grandes representantes del periodismo crítico, presenta una implacable historia intelectual de la cultura española y sus protagonistas entre 1962 y 1996.

Obra polémica, aguda y descarnada, *El cura y los mandarines* no dejará indiferente a nadie y será un hito indiscutible y una lectura ineludible en la interpretación y el magisterio de nuestra historia reciente.



ISBN 978-84-460-4128-3  
9 788446 041283  
www.akal.com



Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

El libro de Gregorio Morán, con ese título y esa franja temporal (1962-1996) me pareció desde el principio un título adecuado para reflexionar sobre algo que tenía pendiente, mis recuerdos personales y vivencias de los años sesenta y setenta, principalmente, con

la ayuda de un entendido de casi mi misma edad y que podría ayudarme a racionalizar perfiles que tenía aún desdibujados o que no comprendía sin más.

### Ortega y su doblez, desechado como guía

En el prólogo el autor manifiesta su interés por encontrar una figura guía para abordar ese periodo. En un principio pensó en Ortega y Gasset, que podría servirle de hilo conductor ya que en la postguerra había “dos terrenos: el orteguiano, que impregnaba a los falangistas, y el antiorteguiano, que condensaban los nacional-católicos, ya fueran del Opus o de la Asociación Católica de Propagandistas, tan heredera ella de Gil-Robles y de la CEDA” (p.16).

Su inmersión en los doce volúmenes de obras completas de Ortega y en la documentación inédita y correspondencia conservada en la Fundación Ortega, le hicieron desistir de ese arranque metodológico. Esa inmersión en Ortega, con ese perfil de obsesión dominante que tienen esas inmersiones de un investigador en su objeto de estudio, tuvo un efecto “demoledor”:

“El efecto fue demoledor. Ortega, yo lo desconocía, había sido siempre un hombre con una capacidad infinita para la doblez. Entre lo que escribía o decía en público y su opinión íntima, privada, en el círculo de amigos y discípulos, había un abismo que se me fue abriendo conforme leía cartas y documentos. No se trataba de Unamuno, cuya desmesura empañaba lo público, lo privado y hasta lo espiritual, sino de un hombre con ambición de poder. Nada que ver por tanto con Unamuno cuya ambición siempre se dirigía hacia la vanidad satisfecha y la gloria inmarcesible, como si se tratara de un personaje decimonónico, lo que con toda probabilidad era.

Don José Ortega y Gasset había asumido desde el primer momento que Francisco Franco debía ganar la guerra, en la que sus tres hijos –dos varones y una mujer –, se habían apuntado voluntarios en el lado bueno, el franquista, y que su tarea consistía en disimular una cierta neutralidad que se reducía a apoyar subrepticamente a los suyos. Lo mismo que haría Gregorio Marañón y Pérez de Ayala, y el pintor Zuloaga, también con hijos voluntarios en el lado del general Franco, que disimulaban su descarada colaboración adoptando unas maneras de veraneantes norteos, floreados de metáforas y complicidades asumidas” (p.16-17).

El tono suelto, irónico y hasta maledicente en bastantes momentos, pero riguroso y bien contrastado por un trabajo documental serio y mucha lectura, me gustó desde el primer momento. Ese tono queda de manifiesto aquí y allá, desde el principio, como cuando recuerda una conferencia de Juan Marichal en la Residencia de Estudiantes en la época socialista ya, en la que presentaba a Ortega y Gasset como un socialista de siempre. “Mentía y sabía que mentía, pero un hombre como él estaba al tanto, por veteranía, de que las conferencias se

redactan para quienes las pagan” (p.17). A Marichal lo glosa como “un subproducto de la aristocracia republicana” o “como un viejo feriante con pedigrí de yerno de un intelectual republicano (el poeta Salinas) y profesor en Princeton, avalado por Américo Castro”. En fin, que me gustaba el tono desmitificador y muy pedagógico, en el que a medida que avanzaba el libro veías que iba dejando a un montón de títeres sin cabeza... Iba a aprender mucho y a disfrutar. El proceso de elaboración del libro también iba desvelándolo el autor en el texto mismo, y recordaba que en el tiempo de su investigación, en el que lo que le interesaba era “la relación entre cultura y política” durante los años en que se interesó por esos asuntos más vitalmente – el final del franquismo y la Transición – tuvo claro que “el mundo, mi mundo, nuestro mundo español de recuperación, había empezado en 1962. Lo demás era prehistoria...” Pero una prehistoria que el autor también conocía perfectamente pues le había dedicado años de trabajo y algunos libros. “¡Imagínense si será prehistoria que aún no ha aparecido ningún libro de memoria o reflexión de los hijos de los jefes franquistas, ninguno!”

### El año 1962, punto de arranque

Sería la generación que entró en escena en 1962 la que iba a protagonizar su hilo conductor, y ahí se le apareció la figura de Jesús Aguirre y su transformación de cura en mandarín cultural y duque de Alba – “triple salto mortal, con red y trapecio y circo mediático” – en un proceso “en el que esa generación que descubrió el mundo hacia 1962 se convirtió en ‘mater et magistra’ de la que iba a sucederla a mediados de los años setenta”. De la Transición, cuando aún “no se mascaba en el aire”.

“La Transición democrática tiene una huella marcadamente conservadora que proviene, no de los restos del naufragio franquista sino de los hijos brillantes, buena parte de ellos ‘mandarines’, que consideraban que ‘bien está lo que bien acaba’ y que asumían voluntariamente el encargo de darle el toque final que encarrilara el proyecto.

Ahí está Jesús Aguirre, y lo está en tan grande medida como otros muchos más exhibidos, como Pío Cabanillas, Javier Pradera, Juan Luis Cebrián, Luis María Ansón, Jesús Polanco...” (p.21).

El amplísimo ensayo de Morán (826 pp. y un decenio de elaboración) mantiene el tipo a lo largo de sus páginas precisamente por ese tono culto y maledicente al mismo tiempo, con precisas formulaciones clarificadoras, como esta: “La taxonomía cultural española es única en su especie. La fabrican los profesores para vivir de ella”, sin el menor rigor intelectual y sólo para apuntalar currículos académicos y para “la industria textil (de texto, se entiende)”. Apreciaciones de sentido común para cualquiera que ame y sufra ese mundo académico, agente y paciente al mismo tiempo, gozo y martirio. Mundo académico para el que este tono, a la vez riguroso y deslenguado, es fundamental para no morir de desesperanza o de tristeza.

En esta línea, glosa la “invención” de la “generación del 98” en relación con “un renegado de todo, miedoso hasta el delirio, Azorín por buen nombre, justificando su pasado de radical con paraguas rojo y melopeas, ahora que le paga don Antonio Maura, no olvidar el Don, y que escribe en el ABC” (p.23). Y esa categorización de “renegado” para Azorín, en torno a su libro *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904) en el que le sale su infancia anclada en lo más reaccionario del catolicismo español, me resultó revelador: era una historia, una vez más, pura y llanamente, de travestismos y de disimulaciones, de camaleonismo y ficciones más o menos impresentables, de nuevo el mundo de los renegados en la peor de sus acepciones, más allá de la meramente liberadora o libertaria. Renegados de la libertad hacia las cadenas, en sentido inverso al renegado desde las cadenas hacia la libertad.

He aquí el denso índice del libro:

Índice general	
<i>A modo de prefacio. Nota preliminar y necesaria.....</i>	7
<i>Prólogo .....</i>	13
<i>Agradecimientos y disculpas .....</i>	33
PRIMERA PARTE	
EL DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO HACIA 1962	
1. EL AÑO DE LOS DESCUBRIMIENTOS.....	37
2. UN BARÓMETRO INTELECTUAL .....	45
3. ¿EL PRIMER GOBIERNO DE POSGUERRA? .....	57
4. MÚNICH, EL CONTUBERNIO.....	63
5. RETRATO DE GRUPO EN EL SANTANDER DE POSGUERRA.....	87
6. JESÚS AGUIRRE. LA FORJA DE UN CARÁCTER CON FONDO DE SOTANAS.....	115
7. RETAZOS CULTURALES DE ÉPOCA .....	145
8. LA INTENSA BREVEDAD DE LUIS MARTÍN-SANTOS.....	165
9. LA DIFERENCIA ENTRE REALIDAD Y REALISMO.....	199
10. TIEMPO DE DESTRUCCIÓN .....	233

SEGUNDA PARTE CUANDO LA PAZ EMPEZÓ A LLAMARSE FRANCO		QUINTA PARTE LA INTELIGENCIA Y EL PODER SOCIALISTA	
11. INTRODUCCIÓN A LOS AÑOS DEL CÓLERA.....	247	27. LA OTRA DIALÉCTICA DE LA ILUSTRACIÓN.....	657
12. XXV AÑOS DE PAZ EN NÚMEROS ROMANOS.....	251	28. ESPECTÁCULO Y CULTURA.....	673
13. LA CULTURA OFICIAL SUMA VOCES.....	291	29. LA DOBLE DERROTA DE MANUEL SACRISTÁN.....	679
14. LA CREACIÓN DE DON CAMILO.....	329	30. COMPROMISOS Y FAVORES DE ESTADO.....	709
15. CATALUÑA, LA PREFERIDA.....	353	31. EL DUQUE, NOSOTROS Y LOS NUESTROS.....	721
16. LA FAMILIA QUE MEDRA UNIDA, PERMANECE UNIDA.....	377	32. LA INTELIGENCIA SE INSTITUCIONALIZA.....	749
17. EL CURA AGUIRRE DEVIENE UN INTELLECTUAL.....	389	33. ¡TODOS ACADÉMICOS!.....	763
TERCERA PARTE LOS AÑOS DE LA GALLINA CIEGA		34. FINAL CON FANFARRIA.....	777
18. EL OLVIDADO ESTADO DE EXCEPCIÓN DE 1969.....	405	<i>Índice onomástico.....</i>	<i>793</i>
19. MAX AUB. UNA ANOMALÍA.....	427		
20. LA MEMORIA SE DESCUBRE SENTIMENTAL.....	455		
CUARTA PARTE CULTURA EN TRANSICIÓN, 1974-1982			
21. LAS «PARASANGAS» DE CARLOS BARRAL.....	469		
22. EN LA PISTA DE SALIDA.....	477		
23. PECIOS OLVIDADOS TRAS LOS NAUFRAGIOS.....	493		
24. <i>El País</i> COMO PARODIA DEL INTELLECTUAL COLECTIVO.....	541		
25. EL FANTASMA SE DESVANECE.....	583		
26. JESÚS AGUIRRE. TRANSFORMACIÓN O METAMORFOSIS.....	619		

\*\*\*

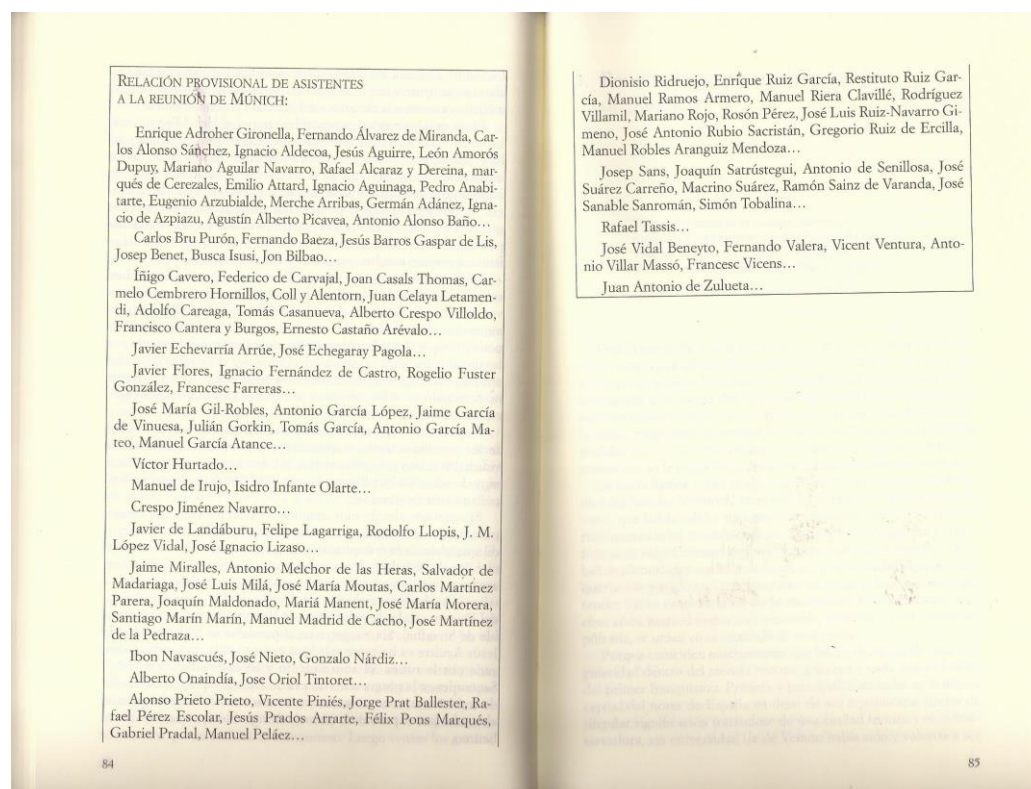
En cada parte del libro, unos versos de un poeta abren los capítulos: José Luis Hidalgo, José Hierro, el joven poeta suicida granadino Pablo del Águila (1946-1968), el también joven poeta suicida canario Félix Francisco Casanova (1956-1976) y, finalmente, el malogrado y también suicida Javier Egea (1952-1999). Un hondón trágico de los tiempos.

El año 1962 fue el elegido, finalmente, como arranque del libro por el autor, y lo hace glosando una oposición a cátedra de lógica en Valencia entre dos arquetipos universitarios del momento: Manuel Garrido y Manuel Sacristán, el primero opusiano, el segundo marxista.

“Lo que sucede en 1962 no es un enfrentamiento ideológico entre el pietismo mercantil del Opus Dei y un naciente brote marxista o radical, sino el aplastamiento sin piedad de la aparición de los primeros brotes críticos en la universidad como institución” (p.53).

Sigue por entonces la primera Medalla de Honor del Instituto de Estudios Políticos, dirigido por Manuel Fraga, a Carl Smith en paralelo a la “resurrección teórica de Donoso Cortés” por los opusianos, a quien el jurista alemán había contribuido también a recuperar, y glosa Morán su relación con España con su estancia en la embajada nazi en Madrid en 1942 y con el matrimonio de una hija suya con el profesor Otero, de la universidad de Santiago de Compostela. A principios de 1962 la policía desmantelaba la organización universitaria socialista ASU, entre cuyos represaliados estaba Miguel Boyer o Luis Gómez Llorente, por ejemplo, hay represión entre los mineros asturianos y en junio en Munich tuvo lugar la reunión que fue conocida como el “contubernio de Munich” y a cuyos asistentes – como Gil Robles o Dionisio Ridruejo – se les trató con rigor extremo, justo cuando Manuel Fraga Iribarne y Gregorio López Bravo iban a entrar en el consejo de ministros que Morán se pregunta si no será el primer gobierno de postguerra... Por Munich, “entre los jóvenes que zascandileaban por el Hotel Regina”, estaba un becario de 28 años y de sotana impecable, el cura Jesús Aguirre de esta historia que Morán está entretejiendo.

Al final de este capítulo 4 de la primera parte del libro, con la glosa de este año 1962 inicial de la evocación que pretende Morán con ricos y variados matices y maledicencias, presenta una “relación provisional” de asistentes a la reunión de Munich, muy evocadora:



\*\*\*

Nacional-catolicismo, fagocitador  
glotón

En “Retrato de grupo en el Santander de postguerra” (pp.87-114) es emocionante y emotiva la evocación de José Hierro en el tiempo de su fagocitación vital por uno de los hombres “más importantes y menos citado de los organizadores de la cultura del franquismo, entre otras muchas cosas responsable máximo de la censura en su condición de Director General de Información (1951-1957) del ministro Arias Salgado” (p.100): Florentino Pérez Embid. Un numerario del Opus Dei, opusiano soltero por ello, que con otro numerario opusiano – aunque Morán lo clasifique como supernumerario (p.153) – “Don Vicentón” Rodríguez Casado, controlaron y manejaron amplios sectores de la historia académica universitaria y de la cultura literaria en general. La protección a José Hierro – o su conversión en peculiar *renegado*, una vez más – por Pérez Embid la enumera Morán con sobriedad:

“Don Florentino le colocará en Editora Nacional,  
donde está ya su paisano Jesús de Polanco,  
le pagará colaboraciones regulares en Radio Nacional,  
se le nombrará Jefe de Exposiciones del Ateneo madrileño, que controlaba el Opus,  
y por si fuera poco pluriempleo, la crítica de arte en cuanta publicación  
lanzara la Obra de Monseñor Escrivá, incluido el diario recién nacido  
y afecto a la Obra, *Nuevo Diario*. Sin descuidar charlas poéticas  
en el mismísimo Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC),  
donde tenían a Rafael Balbín, ferviente opusdeísta,  
y recitales por toda España dentro de los programas de Educación y Descanso”  
(p.101).

Ese era el perfil de una protección en paralelo a un intento de fagocitación. El poeta José Ángel Valente, en un duro poema dedicado a Hierro, “Poeta en tiempo de miseria”, glosará ese robo del alma, esa conversión en peculiar *renegado* del poeta de pasado republicano y carcelario, con estos versos que recoge Morán (p.100):

“Compraba así el silencio a duro precio,  
la posición estable a duro precio,  
el derecho a la vida a duro precio,  
a duro precio el pan.  
...Poeta en tiempo de miseria, en tiempo de mentira  
y de infidelidad.”

No terminaríamos si siguiéramos con estos pormenores. El extenso ensayo de Morán es inagotable y sugestivo. La evocación de Ricardo Gullón (1908-1991) es igualmente representativa, o la del poeta Julio Maruri que se meterá a carmelitano, “sufriente y humillado” (p.111), o el despliegue de todo el entorno de Jesús Aguirre desde su Santander de juventud y su descubrimiento por Federico Sopena; particular fuerza tiene la evocación de Ángel Álvarez de Miranda, cuyos libros publicará póstumamente Aguirre en Taurus, muerto



prematuramente en 1957, o el Ignacio Fernández de Castro fundador del FLP (Frente de Liberación Popular, el Felipe), y que hace concluir a Morán ese capítulo con una observación característica y por paradójica muy representativa (entre otras cosas por la similitud con lo que algunos analistas destacan del origen y proyección de ETA):

“Álvarez de Miranda, que era el alma mater, murió, y la dureza del Régimen con su oposición interior fue tal, que donde se pensaba formar un grupo de jóvenes cristianos frente a la dictadura acabaría saliendo una formación política partidaria de la lucha armada como alternativa única para el derribo del franquismo” (p.144).

La amplia aproximación a Luis Martín Santos, la prisión y muerte de Julián Grimau y los debates en torno a realidad y realismo en una suerte de reunión internacional en torno al Hotel Suecia en 1963, en la que participó toda la plana mayor de los jóvenes novelistas del momento, con la interferencia que supuso la carta de los 102 contra las torturas en Asturias dirigida al ministro de Información y Turismo Manuel Fraga Iribarne, que un joven agitador comunista Pepe Esteban consiguió coordinar, cierran esa primera parte del largo ensayo de Morán, cuyo último capítulo titula precisamente “Tiempo de destrucción”:

“Hay una vereda que lleva de la represión a los mineros asturianos tras las huelgas del 62 al fusilamiento de Julián Grimau en 1963. O quizá dos. Una, la de un sistema que no tiene ningún otro recurso que golpear. Y otro, la de unas fuerzas emergentes que han de echar mano de lo único que no puede ser borrado de un plumazo, sus intelectuales, o sus figuras en la cultura, o sus aspirantes a mandarines, o como queramos llamarlo...  
... Lo único que puede aportar algo al callejón sin salida de la mentira.” (p.233).

### Los firmantes de la carta de los 102, en el verano de 1953

No me resisto a recoger aquí las dos páginas en las que aparecen los nombres de aquellos 102 firmantes de la carta citada, pues entre ellos están lo más granado de la cultura del momento. La reacción de Manuel Fraga Iribarne, fue una gran operación de descalificación de la persona y la obra de José Bergamín, que terminaría haciéndole evolucionar hacia el extremismo abertzale años más tarde.

“El escenario y la obra de aquel 63, en el Madrid del debate entre ‘realidad y realismo’, merecería un recordatorio minucioso. El comienzo de un tránsito del castizo madrileño a un ‘abertzale’ impostado” (p.229).

no. Intelectual se convirtió en insulto.

La carta, que se hizo pública, la encabezaba José Bergamín; un pequeño error táctico, como sabrían luego, cometido por el exceso de celo de Pepe Esteban, activo militante del PCE, principal recopilador de las firmas. Los datos los había aportado fundamentalmente el crítico de arte y militante comunista, José María Moreno Galván, tras un accidentado viaje a Asturias. Visitante habitual del chalet de Velintonia, residencia de don Vicente (Aleixandre), y amante pasional de la obra de don José (Bergamín), Pepe Esteban no sabía el lío en el que se iba a meter al darle prioridad a uno sobre otro, y no atenerse al estricto orden alfabético.

Amén de esos dos hombres de la generación republicana, que no de la invención marrullera del 27, que eran Aleixandre y Bergamín, la carta iba firmada por veteranos de la política y la cultura como Pedro Laín Entralgo y otros personajes trascendentes de la inteligencia española como el catedrático Valentín Andrés Álvarez, la traductora Consuelo Berges, el dramaturgo Buero Vallejo, el científico Faustino Cordón y muchos jóvenes escritores: García Hortelano, los tres Goytisolo, Juan Marsé, Ángel González, Alfonso Sastre, J. L. López Pacheco, Antonio Ferres y su entonces inseparable Armando López Salinas, Caballero Bonald, Juan Eduardo Zúñiga, Alfonso Grosso e Ignacio Aldecoa. Pintores como Antonio Saura, Manolo Millares, Lucio Muñoz, Díaz Caneja, Ricardo Zamorano y Fernando Chueca, arquitecto y director del Museo de Arte Contem-

226

poráneo. Cineastas, Fernando Fernán Gómez, Francisco Rabal, César Santos Fontenla, Basilio Martín Patino<sup>30</sup>...

La representación más numerosa y más representativa socialmente era sin duda la de Cataluña, que encabezaba su principal poeta civil entonces, Salvador Espriu, y le seguían una gama muy amplia de la inteligencia catalana de la época: Manolo Sacristán, Oriol Bohigas, Joaquín Molas, Joan Triadú, Francesc Vallverdú, Alfonso Carlos Comín, Josep Fontana, Joaquín Jordá, Joan Petit, Ricardo Salvat, Román Gubern, Joan Oliver «Pere Quart», Jordi Carbonell, Gil de Biedma, María Aurelia Capmany... y por supuesto, Carlos Barral y José María Castellet.

La lista de los 102 la cerraban J. L. L. Aranguren, catedrático de Madrid, y otros dos de la Universidad de Barcelona, José Luis Suredu y Ángel Latorre. En conjunto no cabe la menor duda: constituía una representación impresionante, por completa, de la inteligencia española de la época. Y marca un antes y un después. La Carta de los 102 es un gesto cuya trascendencia ha sido minusvalorada por muy diversas razones, pero es un jalón. Algo de lo que todo firmante se siente orgulloso, y con motivos. No era lo mismo que firmara un residente en Barcelona o en Madrid, que lo hiciera en provincias. En Santander, Manolo Arce vivió los efectos de ser el único firmante que vivía allí. ¡Óiganlo bien, en Santander, sólo firmó una persona y le brearon a ataques! Sobrevivió sin necesidad de abjurar pero hubo de justificarse, reafirmando su pedigrí franquista por parte de padre y de madre.

Sin retórica pero con convencimiento. Había 102 justos, y eso es un orgullo intelectual que ningún miserable podrá nunca obviar. Sólo uno se arrugó hasta la humillación y su nombre no debe ser tampoco olvidado. Hubo otros que se arrepintieron, pero lo hicie-

<sup>30</sup> Un deber de honradez obliga a poner negro sobre blanco a los que firmaron y no he citado: Pepe Esteban, Paulino Garagorri, Gabriel Celaya, Fernando Baeza, Ángel María de Lera, José María Moreno Galván, Francisco Moreno Galván, Ángela Figueras, Gabino Alejandro Carriego, Carlos Muñoz, José María de Quinto, Rodríguez Budez, Ángel Crespo, Pablo Serrano, Juana Francés, Manuel Ortiz, Benigno Quevedo, José Antonio Parra, Daniel Sueiro, José Ares, Pedro Dicenta, Lauro Olmo, Manolo Calvo, Pérez Navarro, Ramón Nieto, Julián Marcos, José Duarte, Fermín Solana, Jorge Campos, Ángel Fernández Santos, Francisco Fernández Santos, Marcial Suárez, Ricardo Doménech, José Ayllón, Daniel Gil, Luciano G. Egido, Angelina Gatell, E. Sánchez, Manrique de Lara, Eloy Terrón, Pablo Martí Zaro, Leopoldo de Luis, Ramón de Garcasol, Francisco T. Cortijo, Arturo Martínez, Adán Ferrer, Joaquín Horta, Marcial Suárez, F. Álvarez y Francisco Mateos.

227

\*\*\*

### XXV Años de Paz: gran operación propagandística

La segunda parte, “Cuando la paz empezó a llamarse Franco”, evoca los fastos de los XXV años de paz como una magna operación de propaganda cultural en la que participaron – a modo de “comedero” franquista – toda la cultura oficial bajo la batuta de Fraga Iribarne y su cuñado Robles Piquer, “la más importante campaña de cuantas conocería jamás la Dictadura” (p.251).

“En nuestra historia moderna nunca el Estado concentró tal cantidad de fondos y medios para una campaña publicitario-ideológica como la de los XXV Años de Paz” (p.253).

Carlos Robles Piquer, en 2008, en *Memoria de cuatro Españas* (Barcelona, Planeta, 2011) se atribuye la idea de la campaña, llevada al consejo de ministros por Fraga en el otoño de 1963, en el que se aprobó un presupuesto de 25 millones de pesetas. Desde la inauguración de la TVE hasta la apertura de una tienda de la Editora Nacional en la Gran Vía de Madrid, un botón de muestra del esfuerzo cultural editorial fueron los volúmenes de “La España de cada provincia”, con un plantel amplísimo de nombres al frente de cada volumen de casi mil páginas. La Cruz de Isabel la Católica a Dalí en la primavera de 1964 era también un símbolo, o la incorporación a la Real Academia, por ejemplo, de Martí de Riquer o Julián Marías – de la mano de Dámaso Alonso, José María Pemán y Gerardo Diego – con quien Morán es especialmente incisivo en su ironía socarrona. En esas páginas destacan las evocaciones de Pérez Embid de nuevo (pp. 315 ss.) y de Vicente Cacho Viu, su hechura, más joven y que no había participado ya en la guerra civil, o el capítulo dedicado a “La creación de Don Camilo” (pp. 329-352), llegado en 1954 de una gira de conferencias por Estados Unidos y que edita ese año *Izas, rabizas y colipoteras*, un libro sobre sus amadas putas.

En el marco de la pugna entre la Falange-Movimiento, “en franca decadencia”, y la Iglesia en los años sesenta, los católicos en general, “un peso ascendente y desmesurado” (p.378), destaca un texto que de alguna manera me confirma en la intuición de que los opusianos fueron una de las columnas fundamentales del franquismo. En lo relativo a Cataluña, y tras glosar la figura de Calvo Serer, Morán comenta:

“La influencia del Opus Dei sobre Cataluña, no sólo en Barcelona, fue en los años sesenta casi un monopolio. Ni los jesuitas, antaño orientadores de ciertas élites, podían competir ante el arrollador influjo de la Obra de monseñor Escrivá de Balaguer. Baste decir que en el año 1964 se le concedió a Escrivá la categoría de ‘hijo adoptivo de Barcelona’, en el mismo paquete en el que el alcalde José María de Porcioles, bien querido de la Obra, de Cambó, de Falange, de la Monarquía, de quien tuviera ‘la bolsa’ – había ejercido de registrador de la propiedad –

le otorgó a Franco la medalla conmemorativa de los ‘XXV Años de Paz’.  
¡Como si le faltasen medallas al Generalísimo!”  
(p.362).

La segunda parte del libro de Morán se cierra con una vuelta a la evocación de su personaje guía: “El cura Aguirre deviene un intelectual”, y lo evoca en los años sesenta como capellán del Colegio Mayor César Carlos y director de la colección de publicaciones religiosas de la editorial Taurus, casamentero elitista de la Ciudad Universitaria madrileña, o confesor de la esposa del banquero Arturo Fierro...

El final de los años sesenta es evocado en la tercera parte, la más breve de todas (pp. 405-465), desde las manifestaciones estudiantiles madrileñas de 1965 y el exilio de José Luis López Aranguren, Agustín García Calvo y Enrique Tierno Galván, así como Santiago Montero Díaz, hasta la muerte del estudiante Enrique Ruano en enero de 1969 y el estado de excepción durante dos meses, hasta el 25 de marzo de ese año. Desde la aparición de nuevas editoriales como Tusquets y Anagrama, al caso Matesa y su trasfondo de enfrentamientos políticos, o el viaje de Max Aub por España – “Max Aub. Una anomalía (p.427) – con sus reflexiones emotivas y hasta melancólicas aparecidas luego en *La gallina ciega*, que da título a esta parte del libro.

Como botón de muestra de la riqueza del largo ensayo de Morán, recogemos la glosa del estreno del *Tartufo* de Molière, en una operación agresiva de Fraga contra los tecnócratas opusianos en la que, de alguna manera, le sale el tiro por la culata:

“El aire de los tiempos estaba tan enrarecido que Fraga quiso hacer un guiño al mandarinato y promovió una representación teatral, como si estuviéramos en tiempos del Versalles de Luis XIV, o la corte de Luis II de Baviera. Pero en fascista. Es indudable que lo promovió, bastaría decir que facilitó su estreno y su propaganda. Nada menos que el *Tartufo* de Molière. Una obra de 1664 [...] gracias al arte de un guionista habilísimo como era Enrique Llovet y un actor y director, Adolfo Marsillach, cuya ductilidad había superado el año anterior el *Marat-Sade* de Peter Weis [...]

La versión del *Tartufo* de Molière que hizo el dúo Llovet-Marsillach iba dirigido a ridiculizar a los personajes del Opus Dei que controlaban la situación. Su doblez religioso-económica, su descaro, su hipocresía, no necesitaban de un espectador avisado para detectar qué se denunciaba y qué se ponía en solfa. Su estreno en el Teatro de la Comedia, allí donde José Antonio Primo de Rivera proclamó, en octubre de 1933, la fundación de la Falange [...] Sucedió el 3 de octubre de 1969 y causó estupor. Estábamos en plena utilización del ‘Caso Matesa’, cuya denuncia había sido facilitada por el ministro Fraga y su cuñado Robles Piquer, que para algo controlaban la información, la cultura y lo que les viniera al pelo.

Como ocurriría en casi todas las operaciones de Manuel Fraga Iribarne,

al final se convertiría en una especie de boomerang que le dejaría en fuera de juego tras haberle hecho el servicio a otros. Le ocurriría años más tarde con el gobierno de Arias Navarro, luego con el diario *El País*, y así se podrían citar media docena de estrategias fraguistas que sólo sirvieron para todo lo contrario de lo que nuestro ‘Churchill de Villalba’ había programado. A los ocho días del estreno, Franco cambiaba el Gobierno y le dejaba fuera, pero no sólo eso, sino que para mayor escarnio concedió aún más poder al detestado y denunciado Opus Dei” (pp. 420-421).

### Opusianos en el franquismo, como pez en el agua

A estas altura del ensayo, Morán deja una afirmación que me parece de especial interés desde mi perspectiva particular de sufridor desde primera fila de aquella realidad: “La hegemonía del Opus Dei y su entorno tecnocrático tomó una importancia que lamentablemente no ha sido estudiada en su verdadera naturaleza” (p.421). Desde 1960 hasta 1967 estuve personalmente ligado a los opusianos como numerario alevín, en una residencia ovetense llena de jóvenes licenciados catalanes – Guitar, Clavell, Colomer, Msesa – y al frente de la cual estaba el sevillano Murga, y como tal viví desde dentro, sin enterarme demasiado ni racionalizar lo que me estaba pasando, la obsesión por el proselitismo y el poder para poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas, como se decía, pues de eso se trataba y para ello valía todo; en uno de los puntos del libro de meditaciones oficial opusiano, *Camino*, se decía con entera franqueza: en el proselitismo, pues Dios estaba con su obra, la santa intransigencia, la santa coacción y la santa desvergüenza no sólo estaba permitida sino recomendada. Con los XXV Años de Paz coincidió también el XXV curso de verano de La Rábida de Huelva, que dirigía Don Vicentón Rodríguez Casado, y en donde Pérez Embid reinaba también, y mi recuerdo aún muy vivo es que la elección de los estudiantes para aquellos cursos se hacía en las tertulias de los numerarios de los colegios opusianos, entre los estudiantes que pudieran ser captables por el proselitismo de esos mismos numerarios. Una normalidad durante ese franquismo que convertía al Opus en uno de sus pilares básicos, en uno de sus hondones más negros y secretos. A pesar de mi ruptura temprana con los opusianos, fue de la mano de Rodríguez Casado, tras ser rechazado como doctorando por Pérez Embid precisamente por abandonar la Obra, a raíz de esos cursos de verano de La Rábida, como llegué de ayudante a la Complutense de Madrid, precisamente a principios de 1969, en los meses evocados por Morán del estado de excepción tras la muerte del estudiante Ruano. Mi espíritu crítico comenzó a despertarse por entonces con el *Tartufo* de Llovet-Marsillac, sí, pero también con el *Castañuela 70* de Moncho Alpuente y *Las Madres del Cordero*, unos meses antes en escena, creo recordar, y con un perfil pop y desmitificador que para mí resultaba más eficaz si cabe.

Un perfil libertario que echo en falta por poco resaltado o valorado – sobre todo para los años setenta – en el largo ensayo de Morán. En la parte cuarta, “Cultura en Transición, 1974-1982”, sí aparece señalado ese perfil libertario cuando evoca al joven Fernando Savater o aquel Congreso de Filósofos Jóvenes de

1976, del que dice que “parece un remake del siglo XIX. El debate es entre ácratas frente a marxistas. ¡Y qué ácratas! ¡Y vaya marxistas!” (p.505). La glosa amplia sobre *El Viejo Topo* es significativa en este sentido, o la actividad editorial de Jorge Herralde desde *Anagrama* – “publicará entonces 5 libros, 5, de Mao Tse Tung, junto a 4 de Lenin y 2 del Che Guevara” (p.536) – y la colección “Acracia” de Tusquets o la *Pequeña Antología* de Ulrike Meinhof... Pero en el largo ensayo de Morán cobra más protagonismo – y es lógico, por su proyección posterior – la génesis y lanzamiento del diario *El País* “como parodia del intelectual colectivo”, como titula el capítulo 24 (pp.541-583), con interesantes evocaciones de intelectuales puente entre los viejos y los nuevos tiempos, como Aranguren o Marías, tratados con ironía y dureza, y la ficción y lo nuevos travestismos, de nuevo la figura puente o de frontera del renegado/converso:

“Desde la radicalidad más utópica, con el lenguaje más audaz del momento, en el presunto ‘intelectual orgánico’ que es *El País*, el portavoz crítico más sobresaliente y representativo, considera que la cultura de la Transición no se ha movido de las pautas de 1936, antes de la Guerra Civil, gracias a que ‘ellos’, los ahora conversos del nacionalcatolicismo a la democracia, mantuvieron su herencia y la cuidaron como si fueran sus representantes” (p.565).

### Tiempo de conversos/renegados

Por mi parte, mi verdadera escuela de desencante opusiano personal de veinteaño – converso/renegado particular – es mucho más marginal, estuvo muy relacionada con el movimiento asambleario PNN en la Complutense y con la calle misma, desde las nuevas experiencias literarias y psicodélicas a los nuevos locales que anunciaban lo que iba a ser el despertar malasaño y de la movida madrileña – *La Vaquería de la calle de la Libertad*, en mi caso, con la experiencia dramática de su voladura por los Guerrilleros de Cristo Rey en junio de 1976 y la instalación de la CNT subsiguiente en los mismos locales de esa calle que siguieron a mi nombre hasta su legalización –, experiencias personales que veo poco evocadas en el ensayo de Morán, pero que comprendo perfectamente por su mismo ser ambiguo y fronterizo, prematuro y marginal si no contracultural sin más. Nada que ver con la alta cultura que buscaba su propio desencante del franquismo devorador, y que Morán focaliza en la presentación el 19 de mayo de 1976 de *Descargo de conciencia* de Pedro Laín Entralgo, editado por Carlos Barral, una desvergüenza: “Si había un hombre que representaba casi todos los aspectos más deleznable del franquismo, como intelectual y como persona, ése era Pedro Laín Entralgo” (p.586). Ricardo de la Cierva, en esos momentos igual de eufórico y desvergonzado, sitúa el libro de Laín “en el plano magistral de los Azañas y los Madariagas” (p.589), mientras que para Morán no es más que “unas meditaciones justificatorias de filisteo con pretensiones...” (p.590). Y es ahí en donde Morán contrapone la figura de Laín con la de su antiguo colega falangista Dionisio Ridruejo, éste sí un verdadero renegado:

“Nada que ver (Laín), pues, con Dionisio Ridruejo,

el presunto redentor de todos ellos,  
el que había asumido hasta el fondo su papel de renegado.  
A Dionisio había sustituido Laín en la dirección de la revista *Escorial*,  
cuando Ridruejo marchó al frente ruso con las tropas nazis.  
A Dionisio le había dedicado el prólogo militante de su ‘Generación del 98’,  
una ‘Epístola a Dionisio’ con un subtítulo que ‘miraba a las estrellas’.  
Un prólogo-epístola que se habría de retirar por razones obvias,  
ligadas a la vergüenza ajena, en todas las ediciones que salieron posteriores a 1947,  
porque Dionisio se había convertido en un hombre nada bien visto por el Régimen  
y Laín en todo lo contrario,  
amén de que las falangistas que exhibía la misiva la hacían delirante.  
¿Saben ustedes cómo explica Laín en este *Descargo de conciencia*  
la retirada del prólogo falangista de 1945, desaparecido de todas las ediciones  
hasta la fecha? ‘Por razones de espacio’ (‘sic’)  
(p.592, cit. P.341 de *Descargo de conciencia*).

La muerte de Dionisio Ridruejo poco antes que la de Franco lo convierte en un comodín mitificado, icono, “cadáver luminoso”, a pesar de que el primer aniversario de su muerte fue prohibido con Arias Navarro como presidente del gobierno y Fraga Iribarne en Gobernación o Areilza en Exteriores. Pero “el interés por Ridruejo se multiplicó de manera fulminante con su muerte” (p.598), y ya en 1976 aparece una antología editada por el cura Aguirre en Taurus que se titula “Dionisio Ridruejo, de la Falange a la Oposición”, la encabezaba Juan Benet y le rendían homenaje políticos desde Gil Robles a Jordi Pujol, Felipe González o el escritor del partido comunista López Salinas. En el otoño de 1976, sus albaceas editan *Casi unas memorias*, con elogios generales hasta del más recalcitrante Ricardo de la Cierva... Formas de travestismo, una vez más, retórica y esquizofrenia.

“Los atribulados meses de 1976 y 1977 echaban paletadas de retórica para enterrar el pasado, cuando no quemarlo, como ocurriría con los archivos del Movimiento Nacional, incinerados en abril de 1977 por orden del ministro de Gobernación, a la sazón Rodolfo Martín Villa. Aún se daban manotazos que reflejaban la esquizofrenia del momento” (pp. 600-601).

La sombra, aún hoy presente, de Martín Villa... El gran depredador, la mano negra y putrefacta de alguien que nunca renegó del pasado más sórdido y fascista, y cuya importancia, al igual que pasaba con los opusianos durante el franquismo nacional-católico y fascista, “lamentablemente no ha sido estudiada en su verdadera naturaleza”.

El largo ensayo de Gregorio Morán es inagotable, una selva de sugerencias y posibilidades de relación, un ancho mar para navegar.

El último capítulo de esta cuarta parte, vuelve a enlazar con el protagonista o hilo conductor de esta aventura intelectual: “Jesús Aguirre. Transformación o metamorfosis” (pp. 619-654). Su entrada en la política como Director General de

Música y Danza, nada menos, “negociado ministerial que incluye el Circo” (p.640), como resalta con recochineo el autor. Y termina con una emotiva evocación de la novela de 1974, *Escuela de mandarines*, de Miguel Espinosa, uno de los pocos autores – Max Aub, Gil Albert, Marsé, algunos más – que Gregorio Morán trata con respeto y cariño.

“El cambio de década fue en cierta medida también el cambio de paradigma. Lo que podíamos llamar ciclo de la algarabía y el radicalismo terminaba con manifestaciones, algunas humorísticas, otras patéticas. Entre la selecta inteligencia que consideraba la boda de Cayetana de Alba y Jesús Aguirre el mayor acontecimiento de sus vidas y el intento de golpe de estado de 1981, transcurren apenas tres años. Tiempo más que suficiente para que el mandarinato se consolidara y las excepciones se parecieran cada vez más a las reglas. Tanto, que algunos que se lanzaron a romperlas, acabaron abandonados a su suerte, que es tanto como decir a sus derrotas” (p.654).

### Quinta parte: La inteligencia y el poder socialista

La última parte del libro de Morán (pp. 657-792) es por si sola otro libro unitario y coherente, con hermosos fragmentos de poemas de Javier Egea introductorios a cada capítulo. Como estos:

“En este mar que nace no quiero que navegues:  
naufragarás sin nombre,  
lejana nave mía,  
distante barco azul”.

La evocación de Manuel Sacristán, muerto en agosto de 1985, unos meses antes del referéndum sobre la OTAN (marzo-1986), “La doble derrota de Manuel Sacristán”, es un capítulo melancólico, por no tildar de melancólica toda esta quinta parte del libro. En lo referente a la permanencia en la OTAN, una vez más, una lista de firmantes es memorable, como en los viejos tiempos, “en la creación de un mullido colchón intelectual que soportara el peso del triple salto mortal que significaba el giro socialista” (p.712), y en el que jugaron un papel fundamental “los antiguos comunistas, ahora conversos”, que fascinaban a los socialdemócratas, “cuanto más a la derecha mejor” (ib). Lo evoca Morán en el capítulo “Compromisos y favores de Estado”, tras glosar una cena en casa de Alberto Oliart...

He aquí la relación de firmantes:



198

<sup>9</sup> La relación de firmantes fue la siguiente: Andreu Alfaro, escultor. Carlos Alcolea, pintor. Carlos Luis Álvarez, periodista. Jaime de Armiñán, dramaturgo. Blanca Andreu, escritora. Miguel Ángel Aguilar, periodista. Eduardo Arroyo, pintor. Antonio Baciero, músico. Manuel Ballbé, profesor universitario. Juan Benet, escritor. Oriol Bohigas, arquitecto. Francisco Calvo Serraller, crítico de arte. Ignacio Cardenal, editor. Marta Cárdenas, pintora. Camilo José Cela, escritor. Lluys Clotet, arquitecto. Víctor de la Concha, catedrático. Rafael Conte, escritor. Federico Correa, arquitecto. Juan Cueto, escritor. Eduardo Chamorro, periodista. Eduardo Chillida, escultor. Álvaro Delgado Gal, escritor. Manolo Díaz, músico. Adolfo Domínguez, diseñador. Raquel Fabregat, pintora. José Antonio Fernández Ordóñez, ingeniero. José Luis García Delgado, catedrático. José María Guelbenzu, escritor. Juan Gil Albert, escritor. Jaime Gil de Biedma, escritor. José Luis Gómez, actor. Ignacio Gómez de Liaño, escritor. Luis Goytisolo, escritor. Sancho Gracia, actor. Romà Gubern, escritor. Santos Juliá, profesor universitario. Charo López, actriz. Antonio López García, pintor. Antonio López La Madrid, editor. Tomás Lloréns, crítico de arte. Antoni Marí, poeta. Juan Marsé, escritor. Adolfo Marsillach, director de teatro. Emilio Martínez Lázaro, director de cine. Augusto Martínez Torres, escritor. Alfonso Milá, arquitecto. Marta Moriarty, galerista. Ricardo Muñoz Suay, escritor. Beatriz de Moura, editora. Carlos Moya, catedrático. Antonio Oliver, productor de cine. José Oneto, periodista. Luis de Pablo, músico. Michi Panero, escritor. Víctor Pérez Díaz, catedrático. Álvaro Pombo, escritor. Amancio Prada, cantante. Javier Pradera, editor. Josep Ramoneda, escritor. Santiago Roldán, catedrático. Pedro Romero de Solís, profesor universitario. José Sámano, productor de cine. Ángel Sánchez Harguindey, periodista. Rafael Sánchez Ferlosio, escritor. Trinidad Sánchez Pacheco, directora de museos. Ángel Serrano, profesor universitario. Assumpta Serna, actriz. Óscar Tusquets, arquitecto. José Miguel Ullán, escritor. Eduardo Úrculo, pintor. Luis Antonio de Villena, escritor. Jorge Wagensberg, profesor universitario. Zusch, pintor. *El País*, 21 de febrero de 1986.

715

Y ya el libro de Gregorio Morán enfila hacia su final, con ese capítulo 33, “¡Todos académicos!”, que protagonizó el escándalo del retiro de la editorial Planeta y la acogida de la editorial Akal al texto, felizmente aparecido en ella, doce páginas en las que la ironía y el sarcasmo, incluso la maledicencia, nos ayuda a no llorar ante la realidad; como cuando comenta, al evocar la entrada en ella en 1996-1998 de “el tándem de plumas ilustres, enemigos y cómplices al mismo tiempo, un condensado del más equívoco periodismo – Juan Luis Cebrián y Luis María Ansón, por más que como mal menor este último sabía escribir...” (p.765); o cuando comenta la entrada en la Academia de “el joven Muñoz Molina que escribía como si fuera un abuelo, sin edad ni mérito...” O dice de Emilio Lledó que “revelaba su auténtica naturaleza de miedoso emboscado, incapaz de hacer mal pero tampoco de denunciarlo, no digamos evitarlo”. O de Francisco Rico, “siempre dispuesto a escribir su libro más natural: un manual del trepa para uso de aspirantes al mandarinato”... Lo de Víctor de la Concha sería una anécdota más, dentro del tono desmitificador del ensayo todo... Sería un no acabar...

Entre bromas y veras, en el capítulo final, “Final con fanfarria”, evoca el año 1992, a propósito de la muerte de García Hortelano, “el año mágico del estruendo y de la estafa. La última gran fanfarria de los trileros, cuando el poder decidió que éramos ricos y la gente se lo creía” (p.777). La tragedia de los jóvenes muertos de la heroína, “esa tragedia de una generación de adolescentes también está por contar...” O el suicidio de Egea de un disparo en la cabeza... Y sigue y sigue, inagotable, el largo ensayo de Morán.

### Una autobiografía del cura Aguirre

Para terminar, una suerte de caricatura final del personaje-guía, Jesús Aguirre, que el autor quiso convertir en símbolo de un travestismo tramposo transicional. La comisaría del título del libro que evoca se refiere a la participación en la comisión de la Expo de 1992.

“En diciembre de aquel año tumultuoso del 92, tan lleno de éxitos y negocios fraudulentos, en aquel año, digo, que se dio el pistoletazo de salida para la gran burbuja que nos cubrirá a todos, Jesús Aguirre editó su *Crónica en la Comisaría*. El libro no vale nada, ni como documento histórico, ni como crónica de la Sevilla de la Expo, y menos aún como obra literaria. Pero es el último retrato de que disponemos sobre Aguirre antes de sumirse en la depresión y la derrota vital que ya se anuncia.

Bastaría la portada. Utiliza una fotografía de la *National Geographic Society*, ¡ahí es nada!, probablemente de algún reportaje sobre el Palacio de Liria, que se contempla al fondo. En primer plano, Jesús Aguirre, corbata, gafas oscuras, media sonrisa y aspecto envejecido; zapatos ‘mocasin’ de dos colores – negro y blanco – con pompones, sentado en el borde de la fuente principal del Palacio; mientras su mano derecha se apoya en el murete del estanque y la otra, apenas un gesto, acaricia un hermoso ‘cocker spaniel’ sentado a sus pies.

“Basta pasar la página, en la sobrecubierta, una biografía, mejor sería decir autobiografía, porque nadie que no fuera él podía haberla escrito; produce entre inquietud y estupor:

‘Jesús Aguirre nace, por equivocación, no en Santander, sino en Madrid, en 1934 y el mismo día también de junio que José Luis Aranguren y el marqués de Luca de Tena

[se diría que ha perdido la vergüenza y la memoria, porque ese mismo Marqués de Luca de Tena, Torcuato, había sido el protagonista de la villanía cometida contra su viejo amigo asesinado en enero de 1969, Enrique Ruano].

Ha publicado *Sermones en España*, *Cristianos y marxistas: los problemas de un diálogo*, *Casi ayer noche*, *Altas oportunidades*, *Las horas situadas* y *Secreto a voces*. De sus *Memorias del cumplimiento* han aparecido por ahora *Crónica de una Dirección General*, esta obra que el lector tiene en sus manos (espero que en ambas); faltan por lo menos cinco volúmenes.

Prepara: *Sin ningún miedo y Tempestad incompleta*.  
Pronto añadirá a sus múltiples traducciones *Los forros de la vida*, de Karl Kraus.  
Es individuo de número de las Reales Academias Españolas (sic)  
de Bellas Artes de San Fernando, y de la Sevillana de Buenas Letras.  
Sus títulos nobiliarios y condecoraciones serán analizados  
en ‘Ducados, Academias y otras menudencias’. Tardará mucho en ultimar  
su larguísimo ensayo, tan cosultable como ilegible,  
sobre las citas literarias en la obra de Henry James’.

“Esta es la larga transcripción, tal y como apareció en la edición, primera y única  
de *Crónica en la Comisaría*, de Plaza y Janés (Barcelona),  
con su ausencia de comas y la tortuosa redacción [...]”  
El libro, digámoslo sin rubor, es una prueba de la incapacidad  
de aquel Jesús Aguirre de 62 años por articular no ya una reflexión  
sobre lo ocurrido durante su periodo de comisario de la Expo de Sevilla,  
sino de escribir algo coherente, incluso en su sintaxis”  
(pp. 788-789).

Tras la muerte de Jesús Aguirre el 11 de mayo de 2001, Javier Pradera, “el  
último mandarín” – a quien Morán trata con tanta dureza como a Cebrián y a la  
mayoría de periodistas y colaboradores de *El País* en la Transición – que morirá  
también al año siguiente, traza en conversaciones con el autor una desolada  
evocación de los últimos momentos del cura Aguirre:

“Tenías que haber visto las últimas escenas funerarias.  
Todos habíamos llegado a sentir un desprecio absoluto hacia Jesús,  
por la singularidad de su último periodo, su arribismo y su paranoia.  
Y allí estaban sus hijastros con gesto ritual de condolencia.  
Porque Jesús no se llevaba mal con nadie que él no quisiera llevarse mal.  
Pero la única persona que lo sentía de veras era Cayetana.  
Te podrá parecer raro, pero le quería. Estaba enamorada de él’.  
Quizá, añadido, era la única”.

\*\*\*

### Final: con dureza y amor

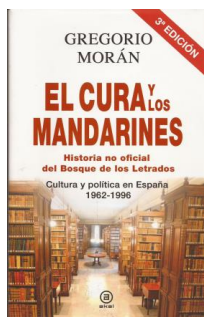
Y así termina el libro de Gregorio Morán, con más de treinta páginas finales de  
índice onomástico, que recoge una amplísima nómina de más de mil quinientos  
nombres de políticos y gente de la cultura del franquismo y la Transición, en la  
mayoría de los casos tratados con ingenio y agudeza, y con los perfiles de su  
impostura, si es que encuentra alguno, que es lo más habitual, resaltados hasta la  
caricatura en ocasiones. Sobre todo en el caso de los principales, comenzando  
por Jesús Aguirre y la Duquesa de Alba, siguiendo con Carlos Barral, Juan  
Benet, José Bergamín, Pío Cabanillas, Luis Carrero Blanco, Santiago Carrillo,  
José María Castellet, Carlos Castilla del Pino, Juan Luis Cebrián, Camilo José  
Cela, Ricardo de la Cierva, Fernando Claudín, Josemaría Escrivá de Balaguer,  
Manuel Fraga Iribarne, Juan García Hortelano, Jaime Gil de Biezma, José María  
Gil Robles, Felipe González Márquez, José Hierro, Pedro Laín Entralgo, José

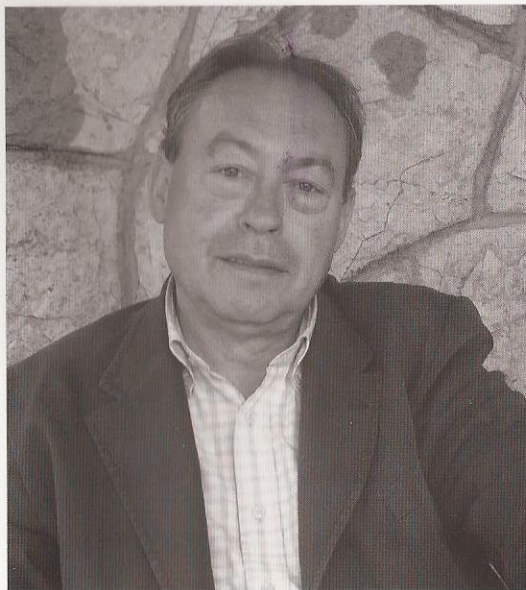
Luis López Aranguren, Julián Marías, Rodolfo Martín Villa, Luis Martín Santos, José Ortega y Gasset, los Paneros, Florentino Pérez Embid, Javier Pradera, Dionisio Ridruejo, Carlos Robles Piquer, Joaquín Ruíz-Giménez, Manuel Sacristán Luzón, Alfonso Sastre, Fernando Savater, Jorge Semprún, Adolfo Suárez, Enrique Tierno Galván, Gonzalo Torrente Ballester, Antonio Tovar, Francisco Umbral, Miguel de Unamuno, Manuel Vázquez Montalbán o Luis Felipe Vivanco, por citar los más nombrados en el largo índice onomástico, y omnipresentes Franco y José Antonio Primo de Rivera a lo largo de todo el libro.

Casi sin excepción tratados con dureza, la mayor parte de ellos originarios personal o familiarmente – hijos de los vencedores en su mayoría – de medios entre el falangismo o el nacionalcatolicismo – opusiano o no – y por ello, en su propia transición hacia la democracia, con perfiles de converso/renegado muy destacados, con todo el dramatismo que puede adquirir por ello el evocado. En algunos casos destacados – y pienso en la emocionante figura del poeta José Hierro, por ejemplo, o en el psiquiatra y novelista Martín Santos – tratados con dureza, sí, pero también con amor. Personajes de frontera, pues, de alguna manera, y que encontraron algunos de ellos en Dionisio Ridruejo un arquetipo convertible en héroe, “en su sentido clásico”, “entre la canonización y la leyenda” (p.599). Sobre todo por sus antiguos correligionarios, como el caso de Pedro Laín Entralgo, “su antiguo camarada, luego representante no menos obvio del franquismo fundacional y mediocridad intelectual de la larga dictadura”, sin duda el más negativo de estos personajes de frontera, infumables ya en los nuevos tiempos de una democracia formal con un rey al frente con una biografía tan fronteriza y sospechosa como la suya propia.

El largo ensayo de Gregorio Morán es, como todo trabajo estimulante, de nuevo un principio, y así lo deja él en este texto introductorio que utilizamos como despedida:

“Pido disculpas por los innumerables errores, con los que se ensañará más de uno, y confío en la benevolencia de los lectores para irlos corrigiendo. Por muchas equivocaciones que contenga, creo que la línea principal es precisa y está trazada a conciencia”.





© Natalia Fernández Díaz-Cabal

**Gregorio Morán** (Oviedo, 1947) es autor de un puñado de libros fundamentales para interpretar la historia cultural y política de la España contemporánea, desde *Adolfo Suárez: historia de una ambición* (1979), pasando por *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985* (1986), *El precio de la transición* (1991), *El maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* (1998), *Los españoles que dejaron de serlo* (2003), *Adolfo Suárez: Ambición y destino* (2009), hasta *El cura y los mandarines*, su pluma mordaz e incisiva constituye una referencia y un ejemplo de la labor crítica del periodismo.

FIN

